

LITERATURA.

PARA UN ALBUM.

Del propio modo los empresarios aumentan cada día nuevas voces, ya para ceder á las exigencias de los cantantes, ya para dar lustre é importancia á su compañía. Por de contado que ya no se ve en los programas ó anuncios las palabras *segundo ni tercero*, porque ninguno se cura con tan modesta calificación; *tutti rissimo primí*, es la condición *sine qua*, y si alguna vez se halla un *secondo*, de seguro que el cantante es una reconocida plepa. ¡Oh! son muchos los adelantos del siglo. Se creará que la falta de números ordinales que espresan el lugar que debe ocupar cada uno en las compañías, producirá en ellas la mas completa anarquía, pero nada de eso; la falta de números, si en algo influye, es en alucinar á los que se llevan de palabras, que por cierto no son pocos. ¿Y qué hay de extraño en ello! No; dijo aquel otro, *que todo es farsa en este mundo?* Pues ¿cómo no ha de haber en grande en las cosas de teatro, donde toda es tropel y apariencia! Pero no; la falta de calificativos ostensibles no influye, porque en medio de esa barahunda de *primas y primos*, ellos se dan maña para entenderse á su modo. Porque, suponiendo que en una compañía de ópera se quisiera hacer figurar á ocho *primas donnas*, para lo cual preciso sería echar mano de algunas coristas, no faltarían títulos de primera clase con que decorarlas á todas: v. g.

- 1.ª Sra. Tali. } *Primas donnas assoluta*
- 2.ª Sta. Cuali. } *tas á perfecta vicenda.*
- 3.ª Sra. Massi. *Prima donna assoluta.*
- 4.ª Sra. Menossi. *Altra prima assoluta.*
- 5.ª Sta. Todasi. *Prima donna.*
- 6.ª Sra. Soni. *Altra prima donna.*
- 7.ª Sra. Igualesi. *Comprimaria.*
- 8.ª Sta. Tontosi. *Altra comprimaria.*

Fué un tiempo, señora (aun era yo niño)
En que era mi vida risueña, un pensil,
En que eran mis sueños mas blancos que
(armado.

Mas lindos que el cielo del plácido Abril!

Do quiera que atentos vagaban mis ojos,
Hallaban, felices, un blando placer:
Jamás los enfados, jamás los enojos
Mis sueños de niño pudieron romper.

En lecho mullido de cáudidas rosas,
Pasaba mis días en dulce embriaguez:
Aun no amenazaban entonces furiosos
Las negras pasiones mi quieta niñez.

Mas vino del tiempo la mano ineluctante;

Yo niño y dormido, llegar no la vi:
Los dedos helados me puso en la frente
Y al frigid tacto los ojos abrí.

Senti de repente funestos temores;
Reuelta, desecha, mi cuna encontré,
Marchitas las rosas, ajadas las flores,
Y yermas llanuras hallaba mi pié.

Hablé, mas no tuvo ni un eco mi acento;
En hondos desiertos mi voz espiró,
Canté, mas mi canto perdióse en el viento
Y solo un gemido mi voz contestó.

Sin eco los montes, sin voz ni armonía,
Deshecha mi cuna, marchita mi flor,
Sin fuente sonora, perdido, sin guía,
Busqué entre los hombres un mundo
(mejor.

Y el mundo engañome. Oh! cómo á mis
(ojos

Brilló la hechicera liviana muger!
Yo triste, á sus plantas cayendo de
(hinojos.

Rendite, cautivo mi vida y mi ser.

Busqué el blando halago en aquellas
(sonrisas,

Que en lábios de rosas vagaba sutil,
Y nunca mas dulces me fueron las brisas
Que un tiempo aromaban mi edad in-
(fantil.

Hablé con el alma de amor el lenguaje
Voraz un incendio mi pecho abrasó;
Mi vida, mi todo, rendí en vasallaje
Al Ser prepotente que mi alma humilló.

Mas pronto las gratas ficciones hu-
(yeron;

El Dios que adoraba marchóse veloz;
El ídolo, el ara, deshechos cayeron,
Y el templo quedóse sin culto y sin Dios.

Los ojos llorosos, el alma turbada,
Consuelo á mi pena busqué en la amistad,
Lanzéme á su seno. Mi mente encantada
Pensaba en sus brazos hallar la verdad.

¡Error!... de sus lábios saltó la impostura:
Brillando sus ojos con blando interes,
Su voz resonando simpática y pura
En lo hondo albergaba mentira y doblez.

"Pues bien, á la gloria!" grité entusias-
(mado

Y al nombre de gloria vibró el corazón:
Pulsé yo mi lira, sentime inspirado,
Y súbito el viento lanzó mi canción.

Mas ¡ay! que en lugar de los himnos
(triumfantes
Que yo en mi delirio pensaba entonar,
Del harpa se oyeron salir espirantes
Los ayes dolientes de eterno pesar.

Y apenas de la amplia corona de
(gloria

Un ramo tan solo tocaba mi sien,
Que ya me pesaba la insulsa victoria,
Y el ramo, hostigado, rompi con desden.

Así yo arrastraba mi triste agonía,
El alma desierta, los ojos sin luz.

Cual yerto cadáver que en tumba sombría
Su fúnebre losa soporta y su cruz.

Mas vos indecisa llegásteis, Señora,
La frente encendida de casto rubor,
E incierta, turbada, á mi harpa sonora
Pedisteis un canto de angustia ó de
(amor.

Entonces las selvas oyeron mi acento,
En hondos desiertos de casto rubor,
Mis cantos vibraron en alas del viento,
Y el eco de nuevo mi voz contestó.

Y aquestas endechas que cuentan mi
(historia,
Con sonos dolientes, al punto entoné;
Si quedan grabadas en vuestra memoria
La palma del triunfo, Señora, obtendré.

La bella esperanza de gloria tan nueva
Me exalta, me llena de noble ambicion;
Mi angustia pasada, mi enfado, se lleva,
Y deja en el alma su dulce ilusion.

¡Oh! gracias, Señora, me habeis inspi-
(rado,
¡Mi gloria presente con qué os pagaré!
Mis cantos y mi harpa no mas me han
(quedado;

Y mi harpa y mis cantos en pago os
daré.

Y puesto que os debo la dulce quimera
Que vuelve á mis ojos la luz que perdí,
Oh! quieran los cielos que sea duradera,
Oh! nunca su magia se aparte de mí.

José Antonio Maitín.
(América Poética.)

ERUPCION DEL VESUVIO.

El volcán de Nápoles, adormecido des-
pues de tanto tiempo, acaba de despertar
impensadamente, y con un sublime furor.
¡Qué desesperacion para los millares de ingleses que han ido en vano diez y seis años seguidos, á pedirle aun

dequena erupcion con el fin de anotarla en sus tablillas! Todos han partido de Londres, al saber la primera noticia del espectáculo; pero no llegarán sino para contemplar los estragos del apagado cráter. Uno de nuestros compatriotas, M. Alfonso Balleydier, mas afortunado que los ingleses, nos describe del modo siguiente la explosion que él está siguiendo de hora en hora, de hito en hito, por decirlo así:

«Escribo á V. al resplandor del Vesuvio, que está presentando en este momento el mas admirable y terrible espectáculo que pueda presentarse á la imaginacion humana! Su recia voz, cien veces mas imponente que los mas fuertes redobles del trueno, resuena sin cesar desde las cuatro, é imprime á la ciudad de Nápoles una incesante conmocion. Jamas dicen los ancianos, ha hecho oír esta voz tan fulgurantes estampidos! El cielo y la mar se hallan en fuego, y el uno y el otro parece que arrojan torbellinos de llamas. Torrentes de humo divididos en compactas zonas se lanzan en inmensos arroyos del centro del cráter, estendiéndose á una distancia de cientos de metros mas allá de los bordes del volcán. Se ve muy distintamente la lava en completa ebullicion, dirigiendo lentamente sus largas argollas de fuego hacia la parte de Ottoyano, y abrasandó todo lo que encuentra en su paso.

Las once y media.

Personas que vuelven del Vesuvio y que han visto de cerca el terrible fenómeno, cuentan que hay ya un gran número de víctimas. Varias posesiones han desaparecido en esta tormenta de fuego. No se oyen por todas partes sino lamentos, invocaciones, plegarias al cielo y gritos de desesperacion. Familias enteras, sorprendidas por la lava, que marcha como una muralla de fuego, no sa-

ben donde podrán descansar mañana sus cabezas.

En este mismo momento acaban de traer á un desgraciado oficial americano, herido mortalmente al pié mismo del cráter. Un convoy de visitantes ha marchado á las seis por un tren especial del camino de hierro, el cual se compone en gran parte de mugeres.

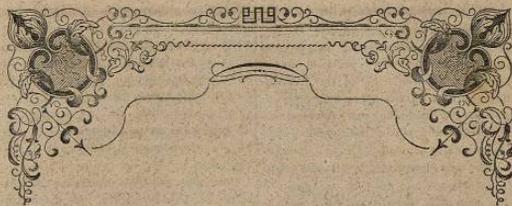
La carretera que conduce á Pompeya, se halla cuajada de carruajes de toda especie. Innumerables son los curiosos que van á visitar este formidable fenómeno; desde lo alto de las azoteas de las casas napolitanas se apercibe en sin número de hachas de viento que trepan serpenteando los flancos de la montaña.

Media noche.

Uno de mis antiguos amigos del colegio de Dolc y un oficial suizo, al servicio del rey de las Dos-Sicilias, acaba de proponerme en este momento conducirme en su coche á la escena del fenómeno. Aceptólo, y á mi regreso os daré mas amplios detalles.

En la iglesia de San-Felicio, mientras que el cura estaba bendiciendo al pueblo que habia acudido en tropel, la lava, que parecia respetar á la capilla, repentinamente ha venido á estrellarse contra los muros con un horrible estruendo, y el cura ha debido echar á escape con el Santísimo Sacramento en la mano. El buen párroco prometia diez pesos fuertes al que tuviere el valor de salvar las campanas; pero el espanto era tal, que ni uno se atrevió, y las campanas desaparecieron algunos minutos despues.

Desde la erupcion del Vesuvio que describió Plinio el jóven, cuarenta y siete horas han tenido ya lugar, y ésta es la quinta que se ha visto desde el principio del siglo XIX. «Los ingleses que no han llegado á tiempo para observarlo, esperan que no será la última...»



VARIEDADES.

LOS MISTERIOS DE LA INQUISICION.

Con verdadera indignacion hemos leído el Prospecto que de esta obra se ha repartido dias pasados con el Siglo XIX. y sobre la cual no emitimos inmediatamente nuestra opinion, por la abundancia de materiales. Al hacerlo hoy y dar el grito de alarma á los que por no conocer la obra se hayan podido dejar alucinar por su deslumbrador Prospecto creamos cumplir con uno de nuestros mas sagrados deberes, y desde luego protestamos á nuestros suscritores, que solo la justicia y la imparcialidad dirigirá nuestra humilde pluma.

Léjos, muy léjos están de nuestro ánimo intereses bastardos, y mucho ménos una vengauza ruin y miserable, que no puede tener cabida en nuestros pechos. Si nosotros llamamos seriamente la atencion de las autoridades eclesiásticas sobre esta infame publicacion; si nosotros

la escitamos con todas nuestras fuerzas, para que se prohíba inmediatamente; si nosotros nos creemos en el duro trance ciertamente sensible, de quitar la máscara con que se quiere encubrir la malicia refinada ó la codicia sin limites de ciertos impresores; si nosotros decimos, clamamos y clamaremos sin cesar, para que ninguno ni de ninguna manera contribuya á la propagacion de una obra la mas infame quizá que se ha publicado hace muchos años; si nosotros, decimos, suplicamos á todos los amantes de la religion de sus mayores y de la felicidad de su país, que no permitan que llegue á las inespertas manos de los jóvenes; si nosotros hacemos esto, es por no desoir el grito de nuestra conciencia, es porque los Misterios en cuestion son una obra anti-católica, anti-religiosa y anti-social. Por esto y solo por esto, deseáramos que todos los hombres religiosos arrojaran al fuego su solapado Prospecto, para que no despierte la curiosidad de los incau-

tos, si desgraciadamente se llega por fin á reimprimir en México, en esta religiosa población, que conserva aún intacto el sagrado depósito de la religión de los capañoles, y notable por su no desmentido amor á la Iglesia, á pesar de las calamitosas circunstancias que atravesamos.

Los Misterios de la Inquisición, digno lo que quiera el Siglo XIX, es una de las obras mas inmorales que han visto la luz pública en nuestros tiempos: es una obra llena de calumnias y de falsedades: es una obra en que se hace aparecer como un malvado, como el hombre mas voluptuoso al virtuoso S. Pedro Arbues, que veneramos en nuestros altares: es una obra en que se pujan escenas las mas asquerosas é indecentes, escenas angustiosas que destrazan el corazón del cristiano; en que se prólaga á la religión la sátira y el escarnio, en que se presenta á los Pontífices cubiertos con la máscara de la hipocresía, como inhumanos y desnaturalizados verdugos que se complacian en el infortunio de la humanidad, en que se pretende descreditar á la Iglesia haciéndola objeto de animadversión y de odio; en que hay varones sabios y santos, á quienes se les supone raptadores de jóvenes, confesores que seducen á las candidas niñas que acuden contritas á confesar sus faltas, sacerdotes avarientos que comercian con la Religión y la piedad, manchados con torpes y horribos crímenes, y perpetrando en sus tenebrosos conciliábulos atrocidades que se niega á creer el hombre mas disoluto y prostituido.

No queremos ser mas estensos porque lo dicho creemos basta para dar una idea de esta obra, tan escasa de mérito literario, por otra parte, que si no temiéramos ser demasiado molestos, la analizaríamos rápidamente, para probar, que sobre ser anti-religiosa, es cansada, fastidiosa y nauseabunda; que sobre ser anti-

católica es un tejido de necesidades; que sobre ser anti-social es un monstruoso urdimbre de falsedades é inexactitudes, llena de anacronismos, sin interes, sin plan, sin argumento, que es un libro que difícilmente sostiene la lectura una sola vez, que se cae de las manos con solo ojear las cortas páginas que le sirven de introducción y cualquiera de sus capítulos.

Solo dos palabras queremos añadir aún. Dice el Prospecto, con el mayor candor, que los *Misterios de la Inquisición* pueden penetrar sin ningún peligro en el hogar doméstico, "que en ellos no se encuentra cosa alguna que se oponga á la sana moral, ni cosa alguna que no puedan leer las personas mas timoratas." Al que tan descaradamente se atreve así á faltar á la verdad, la mejor contestación que le podríamos dar, si no temiéramos ofender el decoro público, sería copiar alguno de los mil pasages en que abunda la obra, y en los que se describen en lenguaje soez y tabernario escenas las mas cínicas y repugnantes, y que ningún católico podrá leer sin que su pecho se sienta indignado contra los que con las armas de la calumnia y de la mentira se proponen desprestigiar al soberano Pontífice y al santo tribunal de la Inquisición, á quien tanto debe la civilización, y fundado en España por una reina, emblema de las glorias españolas, y á quien nacionales y extranjeros rinden respeto y admiración. Además, España ha debido á la Inquisición la extinción de los judíos y moriscos, el afianzamiento de su vasta monarquía, la unidad de sus creencias en el céntrico reinado de Felipe II, de ese gran rey tan injustamente calumniado por los escritores, que ignoran la historia de su turbulento siglo; y que él solo y solo él pudo contener el vórtigo revolucionario que amenazaba destruir la religión católica en Europa, oponiéndole

vigorosa valla al protestantismo, que cual torrente devastador se extendia con paso de gigante en Francia, Inglaterra y Alemania, siendo así que mientras todos estos países eran anegados en rios de sangre por las turbulencias religiosas, España vivia feliz con solo la vigilancia de la Inquisición y de su buen rey, el gran Felipe II.

Sensible á nuestras súplicas, el Sr. D. T. S. G., autor del específico por cuyo medio dijimos en el número anterior se nos ha asegurado haberse hecho curas casi milagrosas, ha tenido la bondad de remitirnos el comunicado que insertamos á continuación con el mayor placer, manifestandole nuestra sincera gratitud y reconocimiento. "También debemos tributar un voto de gracias y muy espiusivas al R. P. Fr. Gonzalez de Burgos, ex-provincial del convento de Santo Domingo que ha tenido á bien remitirnos el método curativo empleado en Atzacapotzalco con el suceso mas satisfactorio, y que varios periódicos de la capital habian pedido al Sr. cura de este pueblo para insertarle en sus columnas, por creerlo de un interes incalculable para el público, y uno de los que mejores resultados han producido. Dicen así el comunicado y el método del Sr. cura de Atzacapotzalco.

SEÑOR EDITOR DE LA CIVILIZACIÓN.—Casa de V., Junio 10 de 1850.—Muy señor mío de mi aprecio: Cumpliendo con los buenos deseos de V., así como deseoso yo de contribuir en lo que pueda al bien de la humanidad, acompaño á V. el uso de preparar y administrar el *Elisir anti-colérico*, del cual habla V. en el número 25 de su apreciable periódico; igualmente remito á V. el modo de preparar una friga estimulante, la cual ha producido muy buenos resultados.

Deseoso, como he dicho antes, de contribuir al bien de mis semejantes, debo advertir á V., para que lo publique en su apreciable periódico, que en estos últimos dias he visto muchas curaciones muy admirables en los cuarteles números 14 y 16, hechas solamente con la raíz conocida con el nombre del *Indio*, y el Sr. Lic. D. Leandro Estrada, oficial mayor de la secretaría del Ayuntamiento, puede confirmar esta ver-

dad; pues este señor ha visitado personalmente á las personas de que hablo. Seria conveniente así mismo, que advirtiese V. al público que se está comiendo muchos abócos en la venta de la dicha raíz; pues yo he examinado varias porciones de la que se está vendiendo por las calles, y con sentimiento he visto no ser la verdadera raíz del *Indio* sino la del *ariol del Perú*.

Queda de V., señor editor, atento S. S. Q. B. S. M.—T. S. G.

ELIXIR ANTI-COLERICO.

MODO DE PREPARARLO.

Disuélvase una cuarta parte de onza de alcanfor en un cuartillo y medio de coñac ó aguardiente refino de España; cuando ya esté disuelto, agréguese media onza de esencia de Mentha Piperita y media de Laudano líquido de Sidenham, agítese bien la botella para que se incorporen las sustancias; déjese reposar durante algunas horas, y despues pásese á otra botella, cuidando que no pasen los asientos.

FRIGA ESTIMULANTE.—En uno y medio cuartillo de aguardiente refino, se ponen en infusión durante cuatro ó seis dias, cuatro onzas de mostaza en polvo y una cabeza de ajos bien machacados, cuidando de revolverla varias veces cada dia; déjese reposar y pásese el líquido á otra botella, en la cual se le añado media onza de alcanfor y una de espíritu de Trementina.

USOS.—Cuando sea atacada alguna persona del Cólera, se le dará á tomar la cantidad que cabe en una cucharita de café del Elixir disuelto en una poca de agua azucarada ó en un pocillo de cocimiento de manzanilla. Si á los quince minutos el mal no cede, se repite otra toma del mismo modo anterior, y así continuará hasta que el mal ceda.

APLICACION DE LA RAIZ DEL INDIO.—Hiérvese en dos tazas de agua un pedazo de esta raíz, del tamaño de una pulgada, bien machacada, cubriendo el trasto en que se haga el cocimiento lo mejor que se

pueda; cuando haya consumido la tercera parte, adminístrese al enfermo en medios pocillos cada cuarto de hora, hasta que el mal haya desaparecido.

FRIGIAS.—Si el enfermo tuviere los pies fríos ó le ataquen los calambres, se le aplicará la friga ya dicha, tantas cuantas veces sea necesario para conseguir ambas cosas.

METODO curativo observado en Atzacotalco en la presente epidemia del Cólera, y en cuya virtud, de centenares que han caído atacados, solo han muerto cinco ó seis, y aun estos por excesos que han cometido, según el testimonio del R. P. Substida, que á la vez ha hecho en dicha poblacion los oficios de párroco, médico y boticario.

Luego que ataca el Cólera, se toma una cucharada de aguardiente catalán y otra idem de jarabe de corteza de cidra, agréguense cuatro gotas de Láudano de Sydenham, y mezclándolo todo bien. De esta preparacion se le da al paciente una cucharada: si el mal no cede al cuarto de hora, se le da la otra cucharada.

Si el mal no ha cedido á la media hora (de la invasion) hágase un cocimiento de té y manzanilla (ó zempazachil): á una taza caldera de este cocimiento se le mezcla un poco del jarabe dicho, una cucharada de magnesia y ocho gotas de Láudano. Esta preparacion se divide en tres tomas, que se van administrando al paciente de cuarto en cuarto de hora.

Si aun continúa pasado un cuarto de hora despues de la última toma que se acaba de decir, entónces se toma un pozeulo escaso y tibio del mismo cocimiento de té y manzanilla (ó zempazachil): esta cantidad se vacía en una taza caldera limpia, y allí se le agrega una cucharada de zumo de limon, cinco gotas de Láudano, y lo que le-

vanta una peseta de sal de agenjos reválevase bien, y deseche luego al paciente una parte; y dentro de poco rato la otra parte de dicha preparacion.

Si despues de esto, suspendido el desenfeno del mal, resulta sol. pujo ó ardor en el vientre ó estómago, se usará del cocimiento blanco del modo siguiente: en medio cuartillo de agua caliente se disuelve un poco de polvos de madre-perla y una de goma arábiga, cudiécese con el jarabe dicho, agréguese un poco de zumo de limon y ocho gotas de Láudano: mézclese y hágasele tomar al paciente en medios pocillos.

Si atacan calambres, se hará al paciente, primero, una friga en seco, para escitar la piel; y en seguida se le darán repetidas friegas con la siguiente composicion: tómese un poco de aceite aromático, agréguesele un poco de tintura de mostaza ó de cantharidas, y un poco de álcali, y mézclese para las dichas friegas.

Esta friga se puede acompañar tambien con sinapismos en lagartillos, muslos, pantorrillas y plantas de los pies. A veces podrá ponerse un sinapismo, como estomacico, en el estómago: esto sirve de auxiliar á las medicinas interiores, en el caso de que haya resistencia en el mal.

Si se notan dolores en los costados, hazo, riñones y tambien en el vientre, se usará del linimento volátil con Láudano.

Por alimento, méntase dure el mal, solo atole comun con tres ó cuatro gotas de limon á una taza caldera, tomándolo tibio ó quebrantado.

PRESERVATIVO CONTRA EL COLERA.

Prudente el frio y la humedad evita:
Sé parco en la bebida y los manjares;
De tí aleja cuidados y pesares,
Y huye de tu linda Mariquita.

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 1.º

¿Qué es la civilizacion? ¿Hállase todavía fijado con la debida exactitud el sentido de esa palabra, tan invocada por los gobiernos, orgullo de tantos pueblos, objeto de tanto exámen, cuando toma de tan fastidiosas declamaciones? Decir que nó casi tendria vicios de paradoja, y sin embargo nada hay mas cierto. Observad la palabra en su uso mas comun, tal como se la emplea en las conversaciones cultas, y solo encontraréis un sentido indeterminado, vago, fluctuante, que se modifica de mil maneras á merced de las opiniones, de los sentimientos, de los intereses, de los caprichos y de todo linage de circunstancias: abrid los publicistas, y la acepcion de la palabra es tan diferente como lo son las escuelas á que pertenecen; para estos la civilizacion es el orden, para aquellos la libertad: para unos ocupa el primer lugar el esplendor de las ciencias y el brillo de las bellas artes; para otros la prosperidad de la agricultura, el desarrollo de la industria, la estension y actividad del comercio; quien se deja deslumbrar por la lujosa ostentacion del poderio de los gobiernos; quien se entusiasma á la vista de pueblos valientes y emprendedores, ufanos de sus conquistas y radiantes de gloria.

Sin embargo, y á pesar de tamaña divergencia, descúbrense en el fondo una

idea capital, que si bien cada uno la entiende y aplica á su modo, como que es abstracta y vaga, no deja empero de ser dominante siempre, y de acompañar la palabra en todas sus acepciones: esta idea es la perfeccion de la sociedad. Por manera, que en esta parte no hay discordancia alguna, y toda la dificultad queda cifrada en definir en qué consiste esa perfeccion de la sociedad: cuestion grave, profunda, difícil en extremo, y que léjos de haber sido agotada por el célebre publicista que se propuso describir la civilizacion, echando el resto á todos los recursos del talento y de la elocuencia, ha adquirido todavía mas grandor, se presenta mas oscura y complicada: porque hombres superiores como Guizot, cuando ventilan una cuestion y no la resuelven, la estienden y enmarañan.

“El desenvolvimiento de la actividad social y el de la vida particular,” hé aquí, segun Guizot, las dos condiciones esenciales de la civilizacion, los dos caracteres con que se manifiesta; pero ¿en qué consiste ese desenvolvimiento? ¿Le hay de varias clases? y en tal caso ¿son todos igualmente buenos? ¿dónde está el bien! ¿dónde el mal! ¿dónde lo mejor! ¿dónde lo peor? Hé aquí las cuestiones que se ofrecen desde luego al oír la palabra desenvolvimiento: hé aquí los puntos que debiera dilucidar Guizot, y que sin embargo deja intactos. La sociedad entra-

na verdades, éstas pueden ser objeto de la observación y del estudio, y de consiguiente no es problemática la existencia de las ciencias sociales; pero si los estudios sobre la sociedad han de dar fruto la ciencia, es necesario fijar el sentido de las palabras, sin este preliminar no se dará jamás un paso adelante.

¿Qué significan las palabras de *actividad, movimiento, desarrollo del espíritu humano*, aceptadas ya como signo infalible de civilización? Examinadas á fondo, se descubre que son moneda falsa, que contiene bastante metal precioso, pero que está muy distante de llegar á buena ley. Antes de apelar á racionales, echemos mano del concluyente testimonio de los hechos. Desarrollo del espíritu humano había en Grecia en los tiempos que precedieron al imperio de Alejandro, el espíritu se había levantado á grande altura, y la sociedad estaba llena de un movimiento que parecía indicar sobrecabundancia de salud y de vida. Sin embargo, aquellos pueblos no marchaban á la civilización, porque en la realidad avanzaba de un modo espantoso la gangrena, la disolución social. ¿Créis que exageramos? Pues dejad que pasen poquitos años, y esa Grecia tan bella, tan brillante, tan activa, tan bulliciosa, la veréis postrada con el mayor desaliento, ora bajo la desdichosa protección de Filipo, luego bajo la coyunda de Alejandro y de sus sucesores, hasta que aplastada bajo la mano poderosa de Roma, es reducida á polvo, y desaparece. Desarrollo individual y social había en Roma cuando contaba en su seno hombres como Cicerón y César; y sin embargo, aquella sociedad no marchaba á la civilización sino á la muerte. Lució para ella el bello siglo de Augusto, claridad fugaz á la víspera de noche tenebrosa, fatídica sonrisa en los labios de un moribundo; pero con todo su desarro-

llo y movimiento, caminaba á pasos agigantados al amargo destino que le estaba reservado en un cercano porvenir: iba á postrarse á las plantas de los Calígulas y Nerones, iba á perder hasta el recuerdo de sus glorias, iba á olvidar el sentimiento de su dignidad, iba á ser presa de la ignorancia y de la corrupción, iba á ser la befa y el escarnio de los bárbaros del Norte.

Bastantes son de seguro los ejemplos que acabamos de citar, para que se vea cuán vago, cuán ambiguo es el sentido de ciertas palabras, que se emplean tan á menudo en semejantes materias; deduciéndose además cuán engañosas son algunas señales que se suelen tomar como indicio infalible de adelanto social, de verdadera civilización. Y sin embargo, esas palabras circulan como charras y determinadas, y esas señales se reconocen como incapaces de inducir á error, y para enseñar á los pueblos el camino de la civilización, solo se les dice *moveros*, sin decirles *cómo marchad*, sin decirles *á dónde*. Y los pueblos se mueven y marchan: pero adelantando muy poco, menos de lo que parece creíble, porque su movimiento es convulsivo y su marcha circular. Fijad la vista sobre ellos, y ora atended á las formas políticas, ora á la organización social, los hallaréis dudosos, vacilantes, deshaciendo hoy lo que hicieron ayer, restaurando mañana lo que destruyeron hoy. (Continuará.)

COLUMNAS MONUMENTALES.

ITALIA.—*Columna Trajana*, en Roma. Erigida por el senado y el pueblo romano, en memoria de los triunfos ganados por Trajano á los Dacios. Es de orden dórico, y compuesta de treinta y cuatro pedazos de mármol blanco; está toda cubierta de bajos relieves; su altura, hasta el remate de la estatua de San Pedro

que ha reemplazado á la de Trajano, es de 157 pies.

Columna Antonina, en Roma. Erigida en honor de Marco Aurelio Antonino, por sus victorias ganadas en Alemania á los Marcomanos. Es casi semejante á la columna Trajana. Su altura hasta el remate de la estatua de San Pablo, que hoy la corona, es de 176 pies.

FRANCIA.—*Columna de Cussy* (Costa de Oro). Se cree que fué erigida en memoria de una victoria ganada en el reinado de Diocleciano ó de Maximiano. El pedestal octógono está adornado con ocho figuras de bajo relieve. La caña tiene en su nacimiento rosetones y encierra hojas de laurel dispuestas como escamas de pescado. La altura total de la columna es de 230 pies.

Columna del gran ejército, en París. Imigida en memoria de la guerra de 1703. La caña está adornada con estatuas de ángeles, y en el remate hay una virgen coronada de estrellas.

Columna del Chatelot, en París. Esta columna, mezcla singular de estilo egipcio y griego, fué erigida en tiempo del imperio en medio de la plaza del antiguo Chatelot. Adorna una fuente, y véase en letras de oro el nombre de muchas virtudes.

Columna de Napoleón, en Bolonia (Paso de Calés). Fundada en 1804 y concluida en 1841. Es de orden dórico compuesto; tiene de altura 179 pies; está construída de mármoles procedentes de las canteras vecinas de Marquesas, y llamadas desde entonces *mármol Napoleón*. En la cumbre está la estatua de bronce del emperador, por Bossio. Arquitecto, Labarre.

Columna de Julio, en París. Destinada á eternizar el recuerdo de la revolución de 1830. Es de bronce y no pertenece, propiamente hablando á ningún orden;

su capitel, muy elegante, es de pura invención. En su caña están grabados los nombres de las víctimas de las tres revoluciones. En el remate hay un genio de la libertad, de bronce dorado; altura total, 173 pies. Arquitectos, Alvoine y Duc.

ISLAS BRITANICAS.—*El monumento*, en Londres. Esta columna, de orden dórico, estríada y hueca, tiene 240 pies de altura. Fué construída por el célebre arquitecto Cristóbal Wren, en memoria del terrible incendio de 1666.

Columna de Nelson, en Dublin. Es estríada y tiene de altura 143 pies; sostiene la estatua del Almirante.

Columna de Wellington, en Dublin. Altura 251 pies.

TIROL.—*Columna de Inspruck*. Erigida en memoria de la guerra de 1703. La caña está adornada con estatuas de ángeles, y en el remate hay una virgen coronada de estrellas.

RUSIA.—*Columna Alejandrina*, en S. Petersburgo. En memoria del emperador Alejandro. La caña es de un solo pedazo de granito de 100 y medio pies. La altura total del monumento es de 201 pies. En el remate hay un ángel sosteniendo una cruz. Arquitecto, Montierand, frances.

EL ALMA DESTERRADA.

LEYENDA.

En tierra es un desierto: la patria en los cielos.

Erán los primeros días de la fe cristiana. De la sangre de los mártires brotaban de todas partes confesores y vírgenes. Se embriagaba el amor en los sufrimientos de la cruz, y fecundizaba con sus sudores y sus lágrimas la aridez de los desiertos. El cuerpo se entregaba á los tormentos para pagar el rescate de la esclavitud sensual; el alma se absorvía en la fe para

adquirir la fuerza de la abnegacion y del sacrificio.

Muchas veces en la sed de amor, en la necesidad inmensa de caridad, estos gloriosos atletas de estas luchas invisibles, esos veteranos del martirio que salvaban á Roma á pesar de César, querian, deseaban llevar toda la cruz del Señor; los unos iban á dar su sangre al mundo despues de haber sacrificado su alma, los otros acababan la obra de sus dias bajo la morada de Dios por la persecucion voluntaria y el martirio interior. ¡Oh! ¿en esta inefable renovacion de la tierra no debian abrirse y abajarse los cielos? ¿Qué virtudes en esta sangreal, qué perfumes en estas lágrimas! ¡Lágrimas santas, delicias de los ángeles! Todo se habia cambiado; un nuevo país para la vida un nuevo hombre, nuevos cielos! Y ¡podemos admirarnos de que tantas gracias como habian caido sobre la tierra fuesen un precio anticipado de sacrificios tan heroicos, de tantos milagros humanos! Si: esos inmensos favores eran arras dadas á una fe ardiente, á tan puro é intensísimo amor.

Y con todo; Dios acababa de quitar á una santa muger, viuda y madre de mártires, la única hija que le quedaba! ¡su hija! ¡María! ¡la mas bella y la mas interesante entre las rosas de Saaron! Ha muerto en aquellos mismos instantes en que sus amigas iban á entretrejer su corona de esposa. El velo nupcial se ha trocado en un sudario; los lirios de la muerte cubren su frente pálida. Mirada; sus ojos parecen dormidos bajo la sombra de sus castos párpados.

Al rededor de su lecho nupcial resuenan los últimos cánticos; himno de adios y de esperanza; lúmbre y melodioso concierto del alma al llegar ella al término de su viaje.

A la hora de los funerales, los cánticos de la fe se interrumpen para dar el último curso á la afliccion del hombre. Las

lágrimas y los suspiros se aumentan, al momento en que todo va á desaparecer de lo que habia sido María. Mas ¿qué son los dolores cuando pueden exhalarse?

Una muger hay asida del lecho, sin llorar, sin gemir, sin arracarse los cabellos como las que la cercan; pero mas pálida que la jóven muerta, inmóvil como ella, los ojos clavados en ese rostro sin color; y despues de dos dias que esta muger no ha desaparecido de allí, esta muger no ha mudado ni de actitud ni de mirada. es su madre.

Al nombre de María, pronunciado por última vez se levanta, escampa los ojos á su alrededor, cae por fin en la conciencia de su dolor intensísimo. Cuanto mas se le presenta la cruel realidad, ménos puede creerla; cuanto mas sus ojos se abren, mas duda su corazon. En la inmensidad de su sufrimiento, piensa que Dios no ha querido quitarle su inestimable prenda: su única hija.

¡Mi hija! ¡hija mia! ¿dónde está mi hija! ¿el me la volverá! y en el delirio santo de su fe exaltada, deja de repente la desventurada madre aquel lugar, y con una voz sobrenatural dice que aguarden su vuelta.

Pobre Sarah! no habrá tenido el valor de sobrevivir á sus hijas y á su padre, sino para ver caer de sus trémulas manos el frágil, el único apoyo de su vejez. ¿De qué le sirven tantas lágrimas derramadas al pié de la cruz, si el cielo le quita su mérito rompiendo todos los resortes de su alma? ¿De qué le sirve este tesoro de virtudes y de paciencia adquirido con tanto trabajo, si una inevitable desesperacion le disipa en un solo dia?

Había entrado la noche, pasaban silenciosas las horas en el mundo desierto, y Sarah todavía no habia vuelto. El sol empieza á iluminar la cima de las montañas de Judea, y Sarah no ha comparecido. ¿Qué se habrá hecho de esta desolada muger? (Concluirá.)



LA CIVILIZACION.



ARTICULO 1.º — (CONTINUA.)

En Francia, despues de los arrebatos democráticos de la asamblea constituyente y de los horrores de la convencion, tomaron las ideas políticas un rumbo opuesto, y solo se suspiraba por un poder fuerte, la monarquía. Pasa el imperio, llega la Restauracion, y desde luego vuelve á despertarse el espíritu democrático que se agita inquieto hasta que logra deshacerse de los príncipes de la primera rama, y reformar la carta. Sube al trono Luis Felipe, y en el corazon de la *monarquía republicana* germinan por do quiera ideas conservadoras, y lejos de crecer en ascendente las teorías democráticas menguan rápidamente. No resuenan á la orilla del Rhin las armas de la *Santa Alianza* amenazando la revolucion de Julio; pero la revolucion devora en secreto un temor mas humillante, un pesar mas profundo; el genio de la democracia francesa débil en lo interior, va perdiendo en lo exterior su influencia propagandista: diríase que se ha eclipsado su estrella cuando vemos que en el campo de la ciencia, quíen lo dijera á Mably y á Mirabeau! que en el mismo campo de la ciencia la estan con orgullo los adalides de la escuela de Berlin. ¿De dónde tanta variedad! ¿De dónde tanta incertidumbre!

Desparramad la vista por otros países

y hallaréis por do quiera fenómenos semejantes. En Alemania el espíritu democrático lucha de continuo con el realismo prusiano y las miras conservadoras de Metternich; y en Inglaterra, en ese país que por su civilizacion anómala, y su movimiento escéntrico, debiera al parecer resentirse ménos de la oscilacion política de Europa, obsérvase la misma variedad, la misma incertidumbre. Con lo que se llama el espíritu del siglo, y con el aliento de la revolucion de Julio, la preponderancia definitiva de los Whigs no debia parecer cosa dudosa, y sin embargo, vemos que en 1841 levantan todavía los Tories su erguida frente, desafían á sus adversarios en las urnas electorales, y consiguen un señalado triunfo; y los observadores tomarán acta de la presente lucha electoral para inferir que la influencia y la fuerza de los partidos estan aproximadamente en equilibrio.

No tratamos ahora de calificar las tendencias políticas de la Francia, no simpatizamos con las ideas de los estudiantes de Alemania, ni con la centralizacion despótica de los perseguidores del catolicismo en Prusia, ni con la aristocracia inglesa, sostén del eudocico protestantismo y opresora de Irlanda, pero consignamos los hechos para demostrar que en política la Europa no adelanta sino que fluctúa, que su situacion es precaria, que los partidos son insuficientes, que sus es-

cuels son estériles, que el porvenir es incierto, que hay hondos vacíos que llenar, inmensos problemas que resolver. ¿Qué importa el orgullo de esta ó de aquella escuela, proclamando que ella ha dado en el blanco, que ella ha encontrado la solución? ¿Qué importa que los pueblos incautos le den oídos, y le encomienden el gobierno, y la coloquen en el trono como los tbanos á Egipto, después de haber descifrado el enigma del Esfinge! ¡Desgraciados! ellos no saben que en pos viene el incesto de Iocasta, y la cólera de los Dioses, y la mortandad de Tebas.

Y ¿qué es lo que adelantamos en la parte social? Con tanta ciencia, tanta investigación, tantos proyectos, tanto ruido, ¿qué mejoras se palpan? Los dos grandes gérmenes de toda organización social, la educación y la instrucción, ¿en qué estado se hallan? ¿qué fecundidad muestran? ¿qué frutos producen? ¡Eh! Vosotros ilusos que al solo nombre de Francia y de Inglaterra, os inclináis respetuosamente creyendo haber oído nombres sinóquimos de civilización y de sabiduría sobrehumana, ¿pensáis acaso que la educación y la instrucción están en aquellos países organizadas de manera que ofrezcan un resultado muy halagüeño? Echa, pues, la vista en esos estados comparativos de la instrucción y del crimen; y la sangre se os helará en las venas, y os asaltarán dudas terribles sobre el porvenir de la civilización, sobre la suerte de la humanidad. Qué, ¿dudais? día vendrá, cuando lo consienta el orden de nuestros trabajos, en que os convenceremos con guarismos, y entonces caerá de vuestros ojos la venda, las ilusiones halagüeñas desaparecerán en presencia de una realidad espantosa, y os convenceréis de lo que marcha la humanidad, de lo que adelanta la civilización, con el empeño de llenar con palabras va-

nas, con teorías brillantes, con disposiciones del gobierno, lo que el catolicismo llena con dogmas augustos, con moral pura, con instituciones sublimes.

En este punto, sin duda, no faltará quien nos cite los sistemas de Alemania, y en particular de Prusia: á este propósito solo diremos dos palabras. Un observador profundo, M. Bonald, hablando de la constitucion política de Prusia, dijo: "Cuando la constitucion de un Estado es un enigma, su porvenir es un problema;" pues bien, y suponiendo que no iguorais la abstraccion misteriosa en que divaga la ciencia alemana, os diremos que cuando la ciencia en un país es un enigma, la educación y la instrucción han de ser un caos. Esta sola reflexion basta á desvanecer las ilusiones producidas por un orden postizo y una regularidad aparente. Pero ¿á qué tanta impaciencia para aplaudir sistemas que no han pasado todavía por el crisol del tiempo? ¡Tan fácilmente olvidamos que un día viene á disipar las ilusiones de otro día, y que el porvenir preñado de crueles realidades desmiente á cada paso nuestros menguados pronósticos, burlando las mas fundadas esperanzas! (Continuará.)

EL ALMA DESTERRADA.

LEYENDA.

La tierra es un desierto: la patria es los ciclos.

[Conclusión.]

Mirad! esclama un niño, mirad allá á Sarah como atraviesa la colina. Un viejo va con ella; es el santo de la gruta de Jannu, poderoso en obras de misericordia.

Pero ¿ay! ¿Qué podemos esperar si ya no existe! dijo llorando la jóven Anastasia! ¿Quién sabe? El santo en su juventud ha conocido á Juan, el discípulo querido; las virtudes del pecho del Señor pasaron al del solitario.

Este se acerca, todos están agitados de un religioso temblor, y caen de rodillas á sus piés. El anciano recoge toda su fuerza interior en una ardiente plegaria, se levanta despues, y dirigiéndose á María guiado por Sarah, y poniendo sobre la frente de la pálida jóven sus manos mutiladas por los verdugos: María, dice, levántate.

¡Oh milagro! ¡Milagro! A esta voz poderosa María se levanta, y al asentar sus piés á tierra, las flores que la cubren se derraman á su alrededor. La muerte refleja sin embargo sobre sus rasgos alterados, sus frios y enervados miembros parece que se mueven perezosamente por una voluntad superior, que les domina y les fuerza á obedecer. Entrébrense sus ojos; están fijos y tiernos, mas empiezan á brillar poco á poco como una estrella del cielo; la vida va encendiéndose y el alma resplandece de nuevo.

¡Ah! muero de alegría, exclamó Sarah. Pobre madre, ¿cuán lejos estaba de pensar que ese exceso de afliccion fuese para ella el colmo de la alegría y de la gloria! ¿Cuán lejos estaba de creer que su placer habia de causar su dolor, así como su dolor le causó tanto placer! Sus fuerzas le han abandonado en esta suprema confianza en Dios; mas Dios no lo quiere, va á manifestarle que le habia amado mas en el rigor de su voluntad, del que habia amado ella á su hija en las sentidas reclamaciones de su maternal ternura.

¡He dormido mucho tiempo! ¿Qué ha sucedido durante mi sueño! ¿Por qué estas flores y estos perfumes! decía María á su madre y á su compañera que la observaban con una admiracion mezclada de un santo terror. "Yo no habia cesado de vivir; y extendiendo sus manos sobre su madre y Anastasia, he soñado la muerte, dijo:

¿Qué pasaba. María en tu interior! la dijo Anastasia.

Yo no sé, respondió la jóven resucitada. No sufro ahora como en aquel momento en que me pareció que dejaba el alma su frágil cubierta; mas no siento esta abundancia de felicidad de que me sentí repentinamente inmdada. Era dichosa de un modo que no podemos serlo aquí. ¡Oh! ¿que mi sueño era muy bello. Mis ojos están deslumbrados, yo no sé de qué esplendor! Todo ahora me parece sombrío y triste! La luz es pálida. El sol está eclipsado, sus rayos ni despiden luz ni tienen calor. ¿Por qué la naturaleza es tan oscura y desolada! El aire de la tierra hiela mi corazón. Madre mía, alientame." Su madre toma entónces á María en sus brazos; Anastasia se replega junta á ella para comunicarla calor. Las delicias de este sueño, ¿quién me las devolverá? ¡Ah! yo desfallezco, me siento morir! ¿Que no puedo dormirme de nuevo para soñar otra vez!

¿Qué, María! exclamó la madre: ¿de seas la muerte estando á mi lado!

¡La muerte! ¿este sueño era la muerte! ¡Oh! madre mía, que la muerte es muy bella.

La virtud de los suspiros maternales: ha podido arrancar de la tumba estos inanimados restos; mas no ha sido bastante para conquistar el alma del cielo. Estas lágrimas, este duelo, este amor, el mas interesante de todos los amores de la tierra, no ha podido excitar en la jóven resucitada el deseo de vivir. La triste madre acude entónces á otro dolor, á otro amor, para encender en su hija el sentimiento de la vida, ¡ah! ¿cuán caro debe costar este nuevo esfuerzo á su corazón!

Ruben, el jóven y gallardo esposo que se te está destinado, debe volver presto de su largo viaje. María, él te ama. . . . tú te unirás á él, serás una esposa di-

chosa, una dichosa madre. tú no sabes lo que son las delicias de una madre al contemplar á su primer hijo recién nacido en sus brazos; tú le abrazarás entónces, María, y conocerás que la tierra contiene una felicidad á la que tendrían en vida los mismos ciegos si no descendiese de ellos.—No, madre mía, todavía resucitan en mis oídos los coros de los ángeles y la inefable armonía de sus dulcísimos cánticos.

María ya no puede amar con este amor humano, con este amor que se alimenta del egoísmo, este amor suspicaz, zeloso, que quiere ser remunerado y que por más puro que sea, se eleva muy poco sobre el sentimiento de creerse olvidado y desconocido. Ella ama más, ama de otro modo, ama con este amor inmenso; infinito, salido del tiempo y de las sombras que pasan, libre del peso del cuerpo y de la prisión de los sentidos y que no nos es dado comprender; María todo lo concentra en este amor, lo ama todo en este amor, no ama más que el mismo amor.

Mas no en vano ha conocido Dios otra vez á esta jóven el soplo de la vida; no en vano ha hecho descender de los cielos esta alma cautiva de la felicidad eterna. María habrá bajado á la tierra para narrar á Sarah las realidades de la muerte, para dejarla un hijo que alegre las últimas horas de su viaje. —Madre mía, hé aquí vuestro hijo. —Ruben, hé aquí tu madre."

Y vos me llorais! añadió ella dirigiéndose á su madre, ¡ah! ¿por qué me llorais! Vos que me amais, amadme en el cielo en donde voy á velar sobre vos. Madre querida, permite que disfrute otra vez de la felicidad que me aguarda. Yo no podría gozar todns las delicias del cielo, si tu corazón estuviese desconsolado en la tierra, si tu voz trémula me llamase siempre. La voz de una madre traba hasta la paz de los cielos. Madre mía,

benediceme, y consiente que vuelva á mi eterna morada.

"Oh María, tú no has sido madre!" Y quedó Sarah inmóvil, sin aliento y sin palabra.

Mas juntando sus fuerzas, como la Virgen al pié de la cruz, dijo extendiendo las manos sobre la cabeza de su hija: "Que el Todopoderoso te bendiga y te vuelva las delicias inefables de que te habian privado mis deseos insensatos; que no esté reserrado para mí sino el dolor." Despues, murmurando las siguientes palabras como que no tenía fuerza para articularlas, prosiguió: "Parte, alma de mi única hija, parte hoy á habitar las moradas celestiales."

Sublime mártir del amor renunció á sí misma. El amor maternal se acerca al amor infinito.

El sacerdote acaba la ceremonia santa. María estaba en éxtasis, los ojos levantados, las manos juntas, inmóvil y murmurando un cántico inartificial. A las últimas palabras del ministro del Señor, dijo con voz desfalleciente: "Ruben, madre mía, yo muero amándooos! ¡Adios! ¡Adios! ¡Adios!..."

Qué consoladoras son las impresiones nacen de esta gran leyenda al bosquejo de este interesante drama. La indiferencia por la vida, el desprecio, por decir mejor, el deseo de la muerte, la certidumbre del porvenir, ideas vagas, pero bellas, y sentimientos tan sencillos se despiertan en mi corazón. Si grande es la enseñanza de estas páginas, también de una dulce e inefable melancolía. Que el amor no se estravie en el llanto de la pérdida del objeto amado. La intemperancia de nuestros sentimientos es una falta de resignación en la voluntad de Dios, es una desconfianza en sus promesas, una inconsecuencia de estas continuas quejas que hacemos contra la vida. Que la razón se alimente de la fe, y entonces recibiremos con alegría la muerte y sufriremos con paciencia la vida. La esperanza de la muerte, se ha manifestado, es el consuelo de nuestros días. No debería decirse la otra vida, porque no es más que una. Este pensamiento adquiere una mayor fuerza despues de la lectura del alma desterrada.

LA CIVILIZACION.

ARTICULO I.º —(CONTINUA.)

Un mayor grado de bienestar en las clases mas numerosas, ó mejor diríamos, una menor suma de miseria y padecimientos, es otro de los puntos en que deseáramos que se nos mostrase el adelanto que hace en la actualidad nuestra civilización. ¡Cosa notable! cabalmente en los dos pueblos que se dice que marchan á la cabeza de ella, la Francia y la Inglaterra, es donde cunde de un modo horroroso la miseria entre las clases proletarias. Hecho es este no bastante advertido, pero que tambien harémos sentir un dia con el argumento de los guarrismos; entretanto lo consignamos aquí para preguntar qué significa la civilización cuando el mayor número sufre de un modo espantoso? ¿Qué doctrinas, qué instituciones son estas que habéis sustituido á las doctrinas é instituciones católicas, y que dan un resultado tan triste, tan doloroso, tan alarmante!

Lo hemos dicho y lo repetiremos: el movimiento es convulsivo y la marcha circular; y no porque no haya en la civilización europea un precioso caudal de grandor y de belleza, no porque no haya elementos de vida, no porque falte impulso para avanzar con paso firme y en dirección cierta; pero sí porque el funesto se la estravié de tantas y tan profundas revoluciones no se cura con teorías y orgullo, pero sí porque faltan principios regulari-

zadores del movimiento, pero sí porque falta fijar el punto á donde la sociedad debe encaminarse, porque falta un norte que la dirija en el borrascoso viaje. Decís al hombre aprende, y no le enseñais; goza, y nada le ofrecéis; abstente, y le estimulais; respeta la justicia, y le dais por norma su interés privado; seas benéfico, y le dejais perecer de hambre; respeta nuestros títulos, y vosotros no habéis respetado los de los otros; no te entregues á la disolución y al libertinaje, y habéis roto todos los frenos; no seas turbulento, y habéis quebrantado todos los diques; respeta los poderes existentes, y le hablais así, desde un trono levantado sobre las ruinas de los poderes que vosotros habéis destruido; y cuando os pide educación, enseñanza, amparo, pan, le arrojais un pedazo de papel, donde habéis escrito con pomposos caracteres: *Instruccion. Libertad.*

No escribimos estas líneas complacidos en destruir esperanzas, ni en deramar la amargura en los corazones; no hablamos contra la civilización europea, sino que la admiramos; mas añadirémos todavía, estamos en la profunda convicción de que las civilizaciones griega y romana nada son comparadas con la nuestra. Solo nos lamentamos de que se la estravié queriendo dirigirla, de que se la detenga queriendo impulsarla; solo nos lamentamos de que hombres que

por sus talentos y posición pueden ejercer grande influencia sobre ella, se olviden tan lastimosamente de cuáles son sus elementos vitales, cuál es el origen de su grandeza y esplendor, cuál la sus firme garantía de su inmenso porvenir. No somos escépticos con respecto á los destinos de la humanidad; la Providencia no ha lanzado al linaje humano sobre la tierra para marchar al acaso, á tientas, sin camino y sin norte; hay en el corazón de la sociedad un anhelo de mejora y de perfección, como lo hay en el de todo individuo; pero aberraciones lamentables la apartan del buen sendero y si adelante un paso en su carrera es solo después de largos sufrimientos, de inmensos rodeos. Miserables decepciones, y los hombres que quizás han contribuido más á embazararla y descamiarla, exclaman alborozados: nosotros somos los promovedores de la civilización, los guías del linaje humano; esa civilización tan grande, tan viva y floreciente, miradla bien, es nuestra obra." Si, verdad es, la civilización europea es grande, es rica, es floreciente, es admirable, pero no por vosotros, sino á pesar de vosotros: verdaderos niños que habeis manoseado y forzado la máquina, que con vuestras imprudencias la habeis destemplado, y que os apantáis de vuestra habilidad y fuerzas cuando al tocar ciertos resortes hacéis que funcione con más celeridad y más ruido.

Permitido debía sernos al tratar de la civilización, indicar brevemente la debilidad de esas escuelas sin convicciones, sin fe, impotentes como la duda, infundadas como planta secada en su raíz; y que sin embargo, se empeñan presuntuosas en dirigir la sociedad, ora apelando á revoluciones estrepitosas, ora invocando principios conservadores, ora poniéndose de por medio como conciliadores officiosos, y aconsejando transiciones insubistentes: porque nosotros tomamos esos

escuelas en una grande escala, comprendemos en ella á todas las que no cuidan de establecer sus doctrinas sobre bases sólidas, á todas las que libran la suerte de la sociedad sobre el moedizo cimiento de la razón humana. Poco nos importa que sea la exageración democrática de Lamennais, ó las pretensiones aristocráticas del protestantismo inglés, ó el realismo de los protestantes prusianos, ó la escéptica templanza de Guizot.

(Continuará.)

ARMONIAS

que ha establecido Dios en las aguas que rodean nuestro globo.

Aguas de la atmósfera.—Aguas pluviales.—Circulación de las aguas por el interior y por la superficie de la tierra.—Arroyos de las aguas.—Condensación de las aguas.—Aguas de interior.—Su utilidad.

Cuando estais contemplando la nube que pasa, la lluvia que cae, el lago que despliega su azulado mar como un espejo, la fuente que abre su seno irraguable, el arroyo que murmulloando serpea, el río que mueve sus ondas magestuosas; no veis seguramente en todos estos ordinarios fenómenos sino movimientos comunes ó forzados de un líquido insipido y trivial. Pero si lo meditanos con alguna mayor detención, cuán hermosas y admirables leyes no descubre en el modo de difundirse y repartirse las aguas sobre la superficie de la tierra, cuyas partes animan y vivifican.

En unión con el calor, concurre el agua á la formación, conservación y reparación de casi todas las sustancias que componen la naturaleza. Ella disuelve, purifica, reúne los principios que constituyen los minerales, y por su medio se obra la cristalización (y sirve de vehículo ó de base á los fluidos que circulan en las plantas y en los animales, y ya sabeis á cuánta multitud de usos la destinamos. Sin este elemento todo sería imposible

[1] *Cristalización:* así se llama la función que la naturaleza da una forma constante y sólida á todos los cuerpos que la componen, sean de la orden que fueren, siguiendo el tipo primitivo señalado por el Supremo Autor. Llámase así porque se reparó que las moléculas de un mineral disueltas en un fluido formaban por su reunión un cuerpo transparente y cristalino siempre que cuando tuviesen el espacio, el tiempo y la quietud necesarias, no

sobre la tierra, y el hombre mismo no existiría. Atended, pues. La atmósfera por su poder evaporador sacará de la vasta superficie del océano una prodigiosa cantidad de agua para derramarla despues y repartirla sobre la tierra. Esta maravillosa operación será continua, porque la necesidad de aguas es incesante: será ademas invisible y silenciosa, y ved ahí la razón. El agua del mar está íntimamente combinada con la sal; la atmósfera evaporará el agua sin llevarse un solo átomo de sal, porque siendo ésta necesaria para conservar puras las aguas en el océano, las haría impropias al sosten de la vida en los animales y en los vegetales terrestres. Transportada así el agua en estado de vapor á las regiones atmosféricas, forma en ellas, mezclada con el aire y penetrándose de luz, ese velo trasparente extendido sobre nuestras cabezas y á lo largo de los cielos como un vasto pabellón de azul, en donde se condensará en nubes á una altura determinada, y esta condensación determinará su caída sobre la superficie de la tierra. Pero ¿caerá en masa ó en columna? No, sino que se dilatará en rocío suave ó en tranquila lluvia, y caerá dividida en ininidad de gotas, como si pasase por un eribo ó por un celazo.

Cuando las aguas pluviales han llegado á estar turbadas por ningún otro accidente. Siempre y cuando un obstáculo impide, acontece ó es sobre la estromera de estos cristales, la cristalización resulta imperfecta á los ojos del observador. Las diversas formas con que se presentan los diferentes cuerpos cristalizados, son tan distintas por un capricho de la naturaleza, como á la verdad fentivo, pero como nada sensible. Pero después acóció que era una ley constante la que presidía en esta importante operación, y que los cuerpos cristalizados de una misma materia formaban en las partículas elementales de que se formaban, siendo libres en esta formación. Se atribuyó este fenómeno á la virtud de atracción de estas partículas, que se iban uniendo progresivamente de un modo determinado, y pegado unas á otras por cierta parte de su superficie.

Generalizando despues esta idea, se extendió á la formación de todos los cuerpos que componen la gran red de la naturaleza. Así se explicó la cristalización vegetal, cristalización humana, &c. La causa de esta propiedad en la materia, nos es desconocida como todas las causas primitivas, pero vemos claramente que produce efectos constantes. Así es que en todas las ordenes de cuerpos vemos una semejanza perfecta entre todos los individuos de aquel orden. El alamo de cien años atrás se parece en un todo al álamo de nuestros días, al caballo al bony &c., todos los hombres se parecen en sus partes constituyentes, salvo pequeñas diferencias accidentales, como color mayor ó menor castaño, &c., pero en lo que importa un hombre al europeo, es semejante al chino, al indio, al americano, &c., el bay del Asia lo es al del Europa, y así de todos los demas.—N. del T.

do ya en el suelo, una parte de ellas es absorbida por las necesidades de la vida vegetal y animal; otra parte se infiltra al través de las diversas capas permeables, y va á reunirse á receptáculos subterráneos, que perpetuamente alimentados, vienen á brotar perpetuamente en numerosos manantiales por la superficie de la tierra. Por otra disposición no ménos admirable, esta superficie se halla por todas partes entrecortada de montañas y de colinas que forman en sus honduras recipientes ó valles en cuyo fondo se reúnen las aguas, que simples arroyos al principio y en seguida torrentes considerables ríos magestuosos, despues de un curso mas ó ménos dilatado, cuando ya derramarou en su tránsito la fertilidad y la abundancia, vuelven á entrar en el seno de su océano natal para elevarse otra vez á la atmósfera, y recorrer de nuevo el mismo círculo de maravillosos fenómenos.

(Continuará.)

DUPLICIA

A pesar de que la importancia y grandeza de la mayor parte de las materias que nos ocupan, permite poco emplear nuestras páginas en la armonía de la verificación y en los encantos de la poesía; con todo, damos lugar á la siguiente producción, porque la celebridad que en este género se ha granjeado la autora y cierta deferencia muy debida á su sexo y á sus circunstancias, nos lo imponen como un deber, mayormente habiéndola escrito espresamente para la *Civilización*. No nos toca á nosotros, hacer su elogio; la misma mano que trazó las deliciosas líneas de la *Descripción*, el mismo espíritu que entóno en sublimes endechas un himno al *Criador*, el corazón mismo que suspiró los dulces y amorosos acentos del *Espritu de la caridad*, es la mano, el espíritu, el corazón que ahora vuelven á seguir su tono en una inspiración entre fantástica y moral. Y si en nuestra Revista se han leído con gusto las variadas producciones poéticas que hemos publicado, no podrá ménos de agradar la que siguió de la célebre Doña Josefa Massanes. En la escogida colección de sus *Poesías* se perciben tonos tan distintos, cuerdas tan variadas y tan diestramente pulsadas, como sí pueden salir de una alma susceptible de todo género de armonías. El corazón de un poeta es una lira, tanto mas bella, tanto mas armónica cuanto mayor número de cuerdas puede

vibrar. Parece que una alma consagrada á la ternura puede muy bien carecer de alas para volar á las regiones del cielo; y que de un pecho agitado por sentimientos blandos y generosos no son de esperar acentos graves y proféticos, y ménos aún las gracias de la máscara ó las traversuras del grajeo. Sin embargo, la académica honoraria de Barcelona cambia de tono á su placer, y esta facultad á poco se dobla sin esfuerzo á las mas variadas impresiones, es un mérito que reconocemos en la modesta poetisa, en la agradable compositora, cuyo lenguaje se presta con tanta naturalidad al temple de las ideas, como su estilo á las situaciones del corazón.

A UNA NUBE.

Sal de la mar, ó grupo de albas nubes
Que cual lejano congelado monte,
Por el vasto confin del horizonte,
Asomas lento y magestuoso subes.
Sal de la mar, y elevete calmoso,
Como el ave del vate sobre el lago
Condensado vapor, ó leve y vago
Atraviesa el espacio presuroso.

¡Quién traza, nube, en tí figuras tales
Como las que variables representas
Cuando te disimuyes, ó aviescitas
O dilatas tus formas desiguales?
¿Quién descorre los pliegues de tus senos,
Qué fuerza los estiendo y los recoge,
Fabellon de los cielos? ¡quién encoge
Y sujeta tus ondas? dime al ménos.

Parodia de la tierra, en ese espejo
Muda á los hombres de los hombres cuentas
Mil escenas, y mil, y te presentes
Como fantasmagórico reflejo;
Y de region ignota y apartada
Los paisajes trasladas velozmente,
Y cual pasan en sueños por la mente
Los pintas en la bóveda azulada.

Ya nos mientes legiones belicosas
Que en fantástica lucha van pugnando.
(Tal el arpa de Odín fuera evocando
Las sombras de sus bardos misteriosas).
Ya el ancho órter de un volcan imitas,
Y ardiente cual sus lavas glutinosas,
Un torrente de ráfagas ruidosas,
En celagos violáceos depositas.

Tan pronto mientes horrosas fieras
Y animales tal vez desconocidos,
Como enanos deformes, convertidos
Poco despues en monstruos ó quimeras.
O levantas ciudades prodigiosas,
Cuyas torres y alcázares colodas,
De plata y nacar afiligranados.
Cual construcion de magas poderosas.

Instantáneos desaparecen,
Quedando en su derredor,
Sifides que se aparecen,
Y entre velos de vapor
Los esbeltos talles mecen.
Y tras ellas vestiglos infernales,
Nos muestras, y Titanes aun despues
Que alzan al éter testas colosales,
Y en el mar hundes sus enormes pies.

Y así discurren ligeras
Visiones sobre vision,
Diáfanas, pasajeras,
Y puras cual la ilusion
De nuestras dichas primeras.

Elevate al cenit, nube argentada,
Con misteriosa pompa y magestad,
Y descendiendo despues tornasolada,
Siempre hablando á la triste humanidad.

Dila que cuando fulgente
Te tiñes de minio y grana,
La llama del centro ardiente
De ignoto volcan, se afana
Por reflejarse en tu frente.

Dila que de las raudas cataratas,
Imita las espumas tu blancura,
Y móvil de neveras nos retratas,
El alud derrumbado á la ventura.

Y que si descomunal
Fantasma eres ahora,
Y armas de agudo puñal
La diestra amenazadora
De esa vision sin igual;
De un pueblo en rebelion eres traslado
Que hollando toda ley y sujecion,
Cual desapareces tú, pierde olvidado
Sus riquezas, poder é ilustracion.

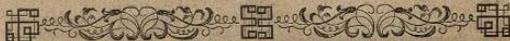
Por eso se alza otra sombra
En contra esa sombra vana
Que la compele, la escumbra,
O la convierte en peana
A do remontada asombra.

Elevate al cenit, nube argentada,
Con misteriosa pompa y magestad,
Y descendiendo despues tornasolada,
Siempre hablando á la triste humanidad.

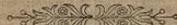
Y prosigue en trasladar
Cuanto de la tierra alcance,
Telégrafo singular,
Y mientras que lento avances,
Vario no cesa de hablar.

Así liviano, sin cesar apila
Y repliega y despliega tus vapores,
Y los sacosos que hora ves, compila
Descritos en tus copos voladores;
¿Quenta ante tí estoy, como está el mundo
La óptica al mirar que te fascina,
Y en tus figuras de flotante arriño,
Lo que dices tal vez, mi fe adivina.

MARIA JOSEFA MASSANES.



LA CIVILIZACION.



ARTICULO 1.º—(CONTINUA.)

Pues bien, se nos dirá, ¿á qué escuela pertenecis? ¿qué principios profesais? en nuestro concepto qué es la civilizacion? ¿La concebis en un círculo mezquino y apocado, en un horizonte tenebroso, en el sepulcral silencio, en la parálisis de la unidad? No, mil veces no, queremos actividad, queremos desarrollo de las facultades del hombre, queremos movimiento, pero no vago, no convulsivo, no tumultuoso: gustamos una civilizacion variada, rica, pródiga de hermosura como la naturaleza; pero en que haya unidad y concierto, que sin embargar el movimiento, sin impedir el desarrollo, produzca el bien, la belleza y la armonia.

Para determinar en qué consiste la perfeccion de la sociedad, para conocer cuando los pueblos se civilizan ó no, cuando avanzan ó cuando retroceden, es necesario que tengamos á la vista un tipo, ideal si se quiere, pero que, nos servir de punto de comparacion en el examen, de piedra de toque para fijar los quilates de toda civilizacion. Sin este tipo las ideas divagan, y al recorrer la historia de la humanidad, al examinar esa mucedumbre inmensa de acontecimientos, esa variedad infinita de hechos de distintos órdenes, de diferentes caracte-

léricos, de diversas tendencias, no es fácil encontrar una pauta para apreciarlos y calificarlos en sus relaciones con la civilizacion. Y no es que pretendamos amoldar los hechos al tipo, trastornando la naturaleza de las cosas, y transformando en realidades las creaciones de nuestra fantasia, sino unicamente tenerle presente para graduar en su vista el mérito de los hechos. Ese tipo nosotros lo concebimos teniendo presentes los monumentos de la historia y las lecciones de la experiencia, la naturaleza del hombre y de la sociedad, y sobre todo, las eternas leyes de órden y de moral impuestas al mundo por su Criador, y las santas máximas de amor y de fraternidad enseñadas al humano linaje por el augusto fundador del cristianismo. Procuraremos formular nuestro pensamiento con la mayor claridad y concision, hé aquí: *entonces habrá el maximum de la civilizacion cuando coexistan y se combinen en el mas alto grado, la mayor inteligencia posible en el mayor número posible, la mayor moralidad posible en el mayor número posible, el mayor bienestar posible en el mayor número posible.*

Hé aquí los elementos que han de entrar por necesidad en la verdadera civilizacion: hé aquí la norma para apreciar debidamente cuando los pueblos avanzan ó retroceden: hé aquí una luz para